

Contestación del Académico
don Simón Alberto Consalvi

Señores Directores de las Academias Nacionales
Señores Individuos de Número
Señores Invitados Especiales
Señoras y señores

El honor de pertenecer a la Academia Nacional de la Historia, dijo Mariano Picón-Salas el día de su incorporación, “no es sólo un galardón personal: es el estímulo que el escritor obtiene al saber que no está solo; que ha recibido para conservar y enriquecer, si es posible, el legado cultural de las generaciones precedentes; el testimonio de una cultura patria que nos abrió el camino en nuestros años de mocedad y que transmitirá a los hombres de mañana el signo de nuestros sueños, nuestras angustias y desvelos”. Invoco al gran humanista venezolano, para darle la bienvenida a la Academia al historiador Edgardo Mondolfi Gudat.

Doctor Summa Cum Laude en Historia por la Universidad Católica Andrés Bello, Licenciado en Letras por la Universidad Central de Venezuela, Master en Asuntos Internacionales por la American University, de Washington, profesor de la Universidad Metropolitana, regente de la Cátedra Andrés Bello de la Universidad de Oxford, el nuevo académico llega a esta Casa provisto de un bagaje intelectual poco común.

No ha sido ajeno a la Academia. Ha trabajado aquí, y ha fatigado, en sus investigaciones, los ricos repositorios documentales que se guardan y preservan con rigor y celo. Su talante cordial, su bonhomía y su entusiasmo de trabajador infatigable, le han granjeado la amistad y el respeto de todos, académicos (y no), en una

institución caracterizada por el diálogo plural, la diversidad de criterios, y la civilizada convivencia.

Acabamos de oír un discurso magistral, y lo califico así por su originalidad, concepción, desarrollo y estilo. Una polémica suscitada en Londres sobre la independencia de Venezuela, mientras aquí se desarrollaban los sucesos que eran objeto de la controversia en los años aurorales, pero también inciertos, de 1811 y 1812. La polémica entre el escritor sevillano José María Blanco White, director de *El Español*, y el fraile mexicano Servando Teresa de Mier, ilustra las complejidades y contradicciones de la decisión independentista, como de los factores internacionales que la condicionaron.

Un “duelo de inteligencias”, como ha sido llamado con propiedad. Blanco White partía de la premisa de que el proceso podía adelantarse mediante las negociaciones y la conciliación, pero España no estaba en capacidad de decidir por sí misma. La polémica, por la categoría de los interlocutores, así como por la agudeza argumental, contribuye a la comprensión de un proceso todavía en solicitud de análisis.

No exagero al considerar que este discurso representa una continuidad dentro de la labor investigativa que Mondolfi ha adelantado durante los últimos años. Lo digo pensando en lo que fue, por una parte, su disertación doctoral, *Diplomacia Insurgente. Los primeros contactos de la insurgencia venezolana con el mundo inglés (1810-1817)*; pero, también, por la otra, en lo que ha sido su más reciente libro, *El lado oscuro de una epopeya / Los legionarios británicos en Venezuela*.

En estos tres proyectos se aprecia que la obra del historiador apunta hacia aires de revisión profunda de algunas etapas fundamentales de nuestra historia. Y ha sido así gracias, en buena medida, al hecho de que Mondolfi contara con la posibilidad, a través de la Cátedra Andrés Bello en la Universidad de Oxford, de revisar documentos y fuentes manuscritas en los abundantes fondos archi-

vísticos del Reino Unido. Este dato en particular aclara mucho el empeño que tuvo el investigador a la hora de escribir su Tesis doctoral y ofrecer, por tanto, una mirada significativamente distinta de lo que ha sostenido cierta tradición con respecto a los contactos que Bolívar, y los otros líderes rebeldes venezolanos, se propusieron promover con el mundo inglés, especialmente en la zona del Caribe.

En este sentido, resulta muy revelador que el nuevo académico optara por titular su trabajo doctoral de esta manera: “Diplomacia Insurgente” y no “Diplomacia Patriota”, lo cual le habría dado connotaciones triviales al esfuerzo por situar las cosas dentro del alcance y significado justo de las palabras. Luego de su exhaustiva revisión documental, a Mondolfi no le fue posible identificar entre los papeles que consultó en los archivos de Londres otro vocablo más utilizado que el de “insurgentes” a la hora de definir a los enemigos del régimen español.

De modo que dentro de la propia Inglaterra, o al menos de la nomenclatura oficial inglesa, Bolívar y los suyos no eran vistos, pues, como “patriotas” sino como “insurgentes”, tal como el mismo historiador nos ha confiado en sus diálogos y papeles. Y el matiz es significativo porque, de hecho, como lo sostiene, la guerra también estuvo hecha de palabras. No en vano, Mondolfi se funda también en una expresión del general Pablo Morillo, quién dijo: “Los verdaderos patriotas son los fieles y leales vasallos del Rey nuestro señor, amantes de su Patria, del Gobierno y de las Leyes, que respetan y obedecen como propias a formar la felicidad de su país”.

Para el historiador queda claro, pues, que la palabra “insurgente” les servía a las autoridades inglesas para la discriminación conveniente y la ambigüedad protocolar en el contexto de las relaciones que el Gobierno británico persistía en mantener con el Gobierno aliado de la Regencia española y más tarde, del restaurado Fernando VII. Nada cuenta tanto en la diplomacia, y aún en la

política, como el uso de las palabras. Mondolfi descifró el diccionario de los ingleses, clave para entender las sutilezas imperiales, como las cartas ocultas que tanto desesperaban y desconcertaban a Miranda. Cuidaban la relación con España, por razones no deleznable.

Los documentos revisados por Mondolfi le revelaron estos temores y aprensiones británicas a la hora de entenderse con Bolívar, Mariño y demás jefes rebeldes en Tierra Firme, lo cual les generaba incomodidad y desconfianza. En el ajedrez inglés no se exponían en vano los reyes y las reinas.

De hecho, tuve el placer de asistir a la presentación de la tesis doctoral en la Universidad Católica Andrés Bello. La experiencia fue enriquecedora. El jurado integrado por amigos que se despojaban de esa condición para juzgar con severidad, oímos el intercambio dinámico e impecable entre el aspirante a doctor en historia y los doctos historiadores Inés Quintero, Elías Pino Iturrieta y Manuel Donís Ríos, ahora sus colegas en la Academia.

Recuerdo la observación del doctor Pino Iturrieta durante las conclusiones: la disertación doctoral, *Diplomacia Insurgente*, rectifica, dijo, la percepción tradicional sobre las relaciones exteriores de la Primera República. Igual observación podría hacerse sobre los legionarios británicos en Venezuela, y la mitología que siempre los amparó, porque en este ámbito, Mondolfi también ha pretendido, con éxito, conjurar las convenciones que hasta ahora se han mantenido. En suma, el tiempo de Edgardo Mondolfi Gudat en Oxford fue determinante para sus investigaciones y nuevas miradas a la historia. Oxford, sí, pero fundamentalmente por su infatigable quehacer, porque antes fue Washington.

Aparte de estas obras recientes, el escritor tiene andado un largo camino. Es pertinente recorrerlo, aunque sin escalas demoradas, por razones obvias. Primero fue *El Dios salvaje. Un ensayo sobre la novela El corazón de las tinieblas, de Joseph Conrad*, editado por la Academia Nacional de la Historia en 1994. Y después, *De*

Revoluciones y rebeldías. Cinco temas de historia política (Ensayos), 1998. *Bajo la mirada peregrina* (Ensayos), 1999. *El águila y el león: Benjamín Harrison y la controversia de límites entre Venezuela y Gran Bretaña*, editado por la Academia Nacional de la Historia, 2000. *Los fantasmas del Norte / Miradas al Sur* (Crónicas de Viajes), 2004. *Miranda en ocho contiendas*, 2005. Y las afortunadas biografías de José Tomás Boves, Daniel F. O’Leary, Carlos Eduardo Frías y Luis López Méndez. Añadiremos los ensayos de *Mudar derrotas y General de armas tomar. La actividad conspirativa de Eleazar López Contreras durante el trienio (1945-1948)*, editado también por la Academia, en 2009. Mencionar sólo los títulos de los libros basta para darnos una idea de la pasión de Mondolfi por su oficio de escritor, y la amplitud de sus horizontes.

No me es posible, en este momento y circunstancia, absterme de las referencias personales, y ustedes tendrán la bondad de excusarlas, y de comprenderlas, Edgardo Mondolfi Gudat y yo hemos trabajado en diversas y propicias ocasiones, y a mí sólo me queda darle gracias a la vida por haberlo conocido, y por haber compartido fatigas y sueños. Y espero que en esta Casa y, fuera de ella, la experiencia se prolongue.

La última aventura compartida fue la Biblioteca Biográfica Venezolana. Hace poco más de cinco años nos propusimos editar una biografía cada quince días. Los pesimistas susurraron que aquello era un poco demencial. Ya vamos por las 140, y las restantes 10 están escritas y editadas para entrar en el carrusel. Sin Edgardo esa fortuna no habría sido posible. Cuando se fue a Oxford, ya el camino estaba trazado y el tren no se detuvo.

Nuestro paso por Washington y la embajada de Venezuela en Estados Unidos merece mención especial. Trabajamos arduamente, en la mejor ciudad del mundo, si se trata de escribir e investigar, sobre todo para venezolanos. Esto pudimos comprobarlo. Yo escribí *Grover Cleveland y la controversia Venezuela-Gran Bretaña por el Esequibo*, y Edgardo escribió *El Águila y el León*, la bio-

grafía del Presidente Benjamín Harrison. O sea, la vida y avatares de dos presidentes norteamericanos estrechamente vinculados con nuestra historia.

Cleveland fue el Presidente que en 1895 desafió la arrogancia de la Inglaterra victoriana, con un mensaje considerado como un ultimátum a su majestad. En tales términos demandó Cleveland que Gran Bretaña no abusara de sus tácticas de ganar tiempo, y aceptara finalmente el arbitraje para resolver la reclamación venezolana. Se vivieron días de tensión. Winston Churchill lo registró así: “Durante pocos días la guerra con Gran Bretaña pareció posible, y aún inminente”. El imperio prefirió aceptar el arbitraje, y reconocer a partir de entonces que el poder trasatlántico había pasado a los dominios del heredero. Al dejar la Casa Blanca, el presidente Cleveland escribió el libro *La controversia limítrofe venezolana*, de necesaria lectura.

El presidente Benjamín Harrison, estudiado por Mondolfi, fue el abogado de Venezuela ante el Tribunal de París en 1899. El Tribunal se reunió en junio, y pocos días antes, el 23 de mayo, Cipriano Castro había invadido a Venezuela. Mientras los abogados alegaban por nuestros derechos, aquí se libraba una guerra civil. En pocas palabras, en Venezuela no había Gobierno. El 3 de octubre, el Tribunal dictó su sentencia. En Caracas tambaleaba sin remedio el solitario Presidente Ignacio Andrade. Tres semanas más tarde, el general Castro tendría en sus manos todas las barajas del poder. Tomó posesión de la Presidencia el 22 de octubre. 72 horas antes, el general Andrade subió al Ávila, pasada la medianoche, y, al amanecer, tomó un barco en La Guaira que lo llevó al destierro. En medio de tal confusión poco parecía importar entonces la suerte de la reclamación o, incluso, el futuro del Orinoco.

En *El águila y el león* se analiza y se valora el papel que desempeñara Harrison en su doble papel de ex presidente estadounidense y abogado de Venezuela, acompañado por otro brillante jurista del equipo, el doctor Severo Mallet-Prevost. Tuve el placer

de escribir el prólogo, y allí anoté: “Entiendo que es la primera vez que un investigador venezolano explora los papeles del ex Presidente Benjamín Harrison, y este es uno de los grandes méritos de Mondolfi. Saber, por ejemplo, que desde muy temprano, el ex Presidente percibió la gravedad de la designación del ruso Federico de Martens como Presidente del Tribunal de Arbitraje, como lo confió en una nota para Mallet Prevost, es significativo. Sin embargo, los grandes méritos de Edgardo Mondolfi no se limitan a la exploración de los papeles de Harrison. A través de las páginas de *El águila y el león*, el escritor revisa todo el proceso de la reclamación venezolana hasta su desenlace, con admirable dominio y comprensión de sus complejidades”.

Pero las aventuras y desventuras de los presidentes norteamericanos del siglo XIX vinculados con Venezuela no se limitaron a ellos dos. Queda un tercero, el presidente William Henry Harrison, abuelo de Benjamín, el personaje de Edgardo, y enemigo personal e irreconciliable de Bolívar. Fue Ministro Plenipotenciario de Estados Unidos ante la Gran Colombia entre 1828 y 1829, cuando el proyecto de monarquía incendiaba los ánimos, y los enviados extranjeros tomaban parte tan activa que del proyecto dependería la influencia ejercida por sus países en el destino de América Latina. Los europeos, ingleses y franceses, apostaban por la monarquía, y el estadounidense por el régimen republicano, como lo señala Caracciolo Parra Pérez.

El ministro plenipotenciario conspiró abiertamente contra el proyecto, y una versión sostiene que sus pasiones no se detuvieron en la consideración de atentar contra la vida de Bolívar para impedir que se coronara rey o escogiera un príncipe europeo que pusiera orden en estos desmandados pueblos. En todo caso, a los comprometidos en el atentado del 28 de septiembre los llamó, en un despacho para el Secretario de Estado, “excelentes patriotas, hombres arrojados y espíritus capaces de oponerse a las enormidades que seguían cometiéndose”.

Una década después, William Henry Harrison fue elegido Presidente de Estados Unidos, y al tomar posesión el 4 de marzo de 1841, pronunció el discurso más largo de los discursos inaugurales, duró una hora y cuarenta y cinco minutos, en medio de una tormenta de nieve, sin abrigo y sin sombrero, porque quería demostrarle a los estadounidenses que era fuerte y nada lo detendría. Contrajo neumonía y murió 30 días después. En el largo discurso, Harrison atacó a quienes usurpan el gobierno de sus países. “Ellos hablan, dijo, en el nombre de la democracia, alertando al pueblo contra la influencia de la riqueza, y el peligro de la aristocracia”. Ilustró su sentencia con tres personajes: César, Cromwell y Bolívar. Del venezolano afirmó que “había concentrado poderes ilimitados con el título de Libertador”. En suma, ni el tiempo moderó sus iras bogotanas contra Bolívar.

Con el regreso durante estos confusos tiempos de la controversia por el territorio del Esequibo, y sus implicaciones en las áreas marinas y submarinas de Venezuela en el Atlántico, los puntos de vista de Grover Cleveland y los documentos y papeles personales de Benjamin Harrison que Edgardo consultó en la Biblioteca del Congreso en Washington, y que allá esperan por su rescate, pone de manifiesto la importancia del papel cumplido por aquellos dos Presidentes.

Edgardo Mondolfi Gudat ingresa a la Academia Nacional de la Historia en un momento venezolano de desafíos, discordias y perturbaciones que nadie imaginó. No aludo a estas circunstancias por simple banalidad, o por la tentación plebeya de echarle leña al fuego. Me interesa señalarlas, simplemente, porque en intelectuales y pensadores de la condición del nuevo académico, Venezuela tiene la garantía de la reflexión y de la tolerancia que la nación requiere para despejar su futuro y reencontrarse consigo misma. Ni la discordia que aniquila, ni la pasión que destruye, tienen abrigo en el espíritu del historiador que ahora saludamos, y que esta Casa recibe con unánime regocijo.

Editado por la
ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA

Impreso en los talleres litográficos
de GRÁFICAS FRANCO, C.A.
07 de noviembre de 2011
teléfonos: (0212) 483.2574 - 3396 - fax: (0212) 481.3549
correo-e: johnfrancog@cantv.net
correo-g: johnfrancog@gmail.com
Caracas-Venezuela